

TOPONIMIA: UNA CIENCIA ENTRETENIDA

ANTONIO M. CASTAÑO FERNÁNDEZ*

IES Castelar. Badajoz

Son muchas y muy diversas las cosas que pueden atraer nuestra atención; y lo que a unos parece apasionante a otros les resultará de una inutilidad extrema. Entre estos aspectos de la realidad que podemos considerar un poquito raros podríamos incluir la investigación toponímica. Ya el nombre resulta algo chocante y a los lectores de tebeos nos evoca casi la figura del inefable padre de Zipi y Zape, don Pantufllo, Catedrático de Numismática y Colombofilia. Pero lo cierto es que el estudio de los nombres de lugar —la Toponimia o, más difícil todavía, la Toponomástica— atrae, en mayor o menor medida, a un gran —bueno, a un cierto— número de personas y por motivos diversos: desde el erudito local que desea demostrar la antigüedad —y consiguiente nobleza, pues lo viejo es prestigioso— de su pueblo, al historiador que busca huellas del camino seguido por grupos de colonizadores, al lingüista a quien le falta el testimonio de un paso para explicar la etimología de un vocablo o al nacionalista que necesita demostrar que en ese lugar vivían ya ellos y no los otros desde tiempos remotos, tomando como prueba de cargo el nombre del lugar.

Pero si hay un elemento fundamental en el interés por el porqué de los nombres es, como en casi todo, la curiosidad, la imperiosa necesidad de saber que caracteriza a los seres humanos —o al menos a los más humanos—, necesidad que en el caso de los topónimos tiene como objeto una realidad muy cercana: el pueblo en el que vives, el río que lo atraviesa, los parajes por los que paseas o los montes que te cercan. No obstante, tradicionalmente se les ha prestado poca atención a estas realidades, cuya plasmación en nombres constituye la riquísima toponimia menor, mientras que el mayor interés —sobre todo de historiadores locales o eruditos de muy diversa índole— ha ido hacia los grandes nombres, los de las ciudades, y además, en muchas ocasiones, buscando la demostración de una hipótesis —histórica, no puramente toponímica— previa. Pasaba un poco lo que denunciaba Unamuno respecto a la preocupación por la historia y el desprecio por la intrahistoria; todavía en este año leía cómo, en una reseña, se criticaba que en un estudio toponímico no se diera la explica-

* Antonio M. Castaño Fernández se doctoró en 1997 con una tesis sobre la toponimia de la comarca extremeña de La Serena. Entre sus publicaciones más recientes se encuentra la monografía *Nombres de frontera (topónimos de Olivenza y Táliga)*, Badajoz: Diputación, 2004.

ción definitiva de los nombres oscuros —prerromanos, con seguridad— mientras que al análisis que se hacía del resto de topónimos —la inmensa mayoría— no le daba el reseñista importancia alguna. Este abordaje de los topónimos, digamos, estelares convive con el mucho más trabajoso llevado a cabo por los lingüistas que seleccionan un territorio y abordan la recopilación, clasificación y explicación de repertorios amplios de nombres; valga el caso paradigmático de Corominas para Cataluña o el de García Arias en Asturias, entre otros muchos. Es este el tipo de trabajo que proporciona datos sobre aspectos muy diversos de la historia de las palabras, en la que los topónimos desempeñan el papel de fósiles que jalonan y datan el decurso temporal; acerca de la distribución de variantes dialectales que, con el paso del tiempo, han modificado su ubicación; de presencias o ausencias de sustratos o superestratos que han dejado su impronta, antes de desaparecer o atenuarse, en los nombres que los diferentes pueblos dieron al paisaje que les rodeaba...; además de otras muchas informaciones no puramente lingüísticas que atañen a sucesos históricos, a la existencia de ecosistemas hoy modificados o ya desaparecidos, a las relaciones de poder que tienen su reflejo en los nombres de propietarios, a las frecuentes huellas de la religión y las leyendas, o, incluso, a la fuerza poética que lleva a emplear de continuo la metáfora como un mecanismo de denominación topográfica.

Es despertar o estimular esta curiosidad de la que hablábamos antes el objetivo de estas breves líneas, alejadas voluntariamente de lo que sería una introducción académica a esta ciencia lingüística y más próximas a la exposición de casos interesantes en un sentido amplio del término; es decir, más cercanas a la divulgación que al artículo científico, con sus notas, su bibliografía, el *status quaestionis*, etcétera.

Para el conocimiento científico de la toponimia de un territorio, dejando de lado etimologías populares más o menos ingeniosas, de las que veremos algunos ejemplos más adelante, es necesario estar familiarizado con el lugar, su historia, el tipo de propiedad preponderante, la flora, las tradiciones y, sobre todo, la lengua de la zona y sus peculiaridades dialectales. Es frecuente encontrarnos con interpretaciones de topónimos basadas en una acepción —a veces la más general— del apelativo, cuando lo que se encuentra en la base es otra muy distinta. Así, si observamos la frecuencia de la voz ‘monte’ en el Alentejo portugués podemos pensar que es el orónimo más frecuente, pero sería una conclusión errónea pues allí el valor más general de ‘monte’ —forma abundantísima para designar parajes— es el de ‘casal da herdade’, el equivalente a ‘cortijo’, desplazamiento de significado que, como explica Leite de Vasconcelos, tiene su origen en que generalmente la vivienda rural se ubica en una elevación de terreno. Tan es así que en una zona fronteriza como Olivenza, en Badajoz, donde durante siglos se ha hablado portugués alentejano, una vez olvidado el sentido original de ‘monte’, a algunos nombres de fincas le han antepuesto su equivalente, el español ‘cortijo’, como en *Cortijo de Monteotero*. Se produce así una tautología, la repetición del significado ‘casa de campo’ en sus concreciones española meridional —‘cortijo’— y portuguesa alentejana —‘monte’—. Es este de la tautología un fenómeno muy frecuente en la toponimia, cuando un lugar es denominado en varias

etapas lingüísticas atendiendo a una misma característica relevante: son conocidos los casos del *Puente de Alcántara*, con un arabismo que significa también ‘puente’ o el *Río Guadiana*, donde el significado ‘río’ se nos expresa en su forma actual, en la árabe y, probablemente en *Ana*, en una derivación de alguna primitiva forma prerromana con significado también hidronímico.

En más ocasiones lo que sucede es que se obvia el significado más habitual de un apelativo presente en la toponimia para buscar una explicación extraña que apoye algún argumento generalmente histórico: es el caso de los frecuentes ‘millar’ que encontramos en zonas ganaderas, como La Serena, comarca del este de Badajoz —*Casa de Millarejo* en Campanario, *Millar de Millarón* en Cabeza del Buey o *Casa del Millarón* en Castuera— voz que alude a la tierra capaz de mantener mil ovejas, como señala el *DRAE*, y que algunos historiadores incluyen entre los alusivos a vías romanas, a un recuerdo de los miliarios que las jalonaban. La búsqueda de lo antiguo, como sinónimo de nobleza, ha llevado en muchas ocasiones a inventar extraños orígenes de los actuales topónimos; es curioso el caso de *Jódar* en Jaén, cuyo gentilicio, *galduriense*, vigente hasta hoy, es una errónea interpretación que hizo el regeneracionista Joaquín Costa, a finales del XIX, de la inscripción *GALDVRIAVNIN*, que le lleva a postular la existencia de una población, denominada *Galdur*, de donde, según él, pudo salir el nombre de *Jódar*. Esta traducción fue muy bien acogida ya que daba un origen antiguo a la población, así como un gentilicio, más eufónico que el vigente, *jodeño*. Realmente el topónimo es un arabismo proveniente de *Sawdar* o *Saudar* que, según Asín Palacios, corresponde a un nombre propio de persona. Los ejemplos podrían multiplicarse si nos referimos a las explicaciones míticas que sitúan a personajes como Túbal o Ulises en el origen de los topónimos *Setúbal* o *Lisboa* respectivamente, o, con más aportación de datos históricos y textuales por parte de Joaquín Vallvé, la que considera que *Yazīrat al-Andalus*, origen de *Andalucía*, es una traducción de *Isla del Atlántico* o *Atlántida*, resultado de la transmisión literaria del mito de Platón.

En el caso de *Jódar* observamos cómo, además de la búsqueda del prestigio de lo antiguo, funciona en la denominación toponímica el fenómeno del tabú, que lleva a rechazar determinados nombres y sustituirlos por otros; un caso frecuente es la referencia al cerdo, animal que, a pesar de su valor alimenticio, se evita mencionar —hasta el punto de que a veces se acompaña con un vergonzante ‘con perdón’—, y así encontramos que topónimos como *Porquerizas* en Ávila y Madrid han pasado a llamarse *Flores y Miraflores de la Sierra*. Este fenómeno se puede ver incrementado en la toponimia moderna incluso por motivos comerciales, así en Chiclana de la Frontera, en un extremo de la conocida playa de La Barrosa se encuentra un paraje denominado *Loma del Puerco* —probablemente una tautología oronímica sin relación alguna con el nombre del desprestigiado animal—, donde se ha levantado una tremenda urbanización que ha tomado el nombre de *Loma de Sancti-Petri*, acogiendo la mucho más estética denominación latina de la isla que se encuentra a varios kilómetros, al otro extremo de La Barrosa, más exactamente frente a la playa denominada desde antiguo *Lavaculos*, nombre, como el de *Loma del Puerco* probablemente condenado

a desaparecer. Aunque, y sin salir de Chiclana, podemos encontrar el caso contrario, un topónimo que se intenta cambiar por considerarlo feo, pero que se mantiene por motivos económicos, así sucedió con *Pelagatos*, nombre de un paraje en el que se levanta un polígono industrial, que ante los intentos de reemplazarlo por otro más eufónico mantuvo la antigua denominación porque a las empresas allí ubicadas no les interesaban las modificaciones que tendrían que hacer en documentación, cartelería... Volviendo a topónimos mayores, es interesante el caso del cacereño *Arroyo del Puerco* cuyo nombre fue remplazado en 1937 por el de *Arroyo de la Luz*, en honor de la Virgen del mismo nombre —estamos en plena Guerra Civil y en territorio ocupado por las tropas de Franco—, Virgen a la que se atribuye el milagro de deslumbrar a los almohades en una batalla acaecida en el siglo XIII y la consiguiente victoria cristiana. No es el único nombre que se explica mediante una historia en la que se combina una batalla y el uso de la luz, por ejemplo, al sur de Badajoz, para el topónimo *Tentudía* —derivado de un antiguo *Tudía*— se recurre a la intervención del maestro de Alcántara Pelay Correa, quien viendo que caía la noche y no iban a poder alcanzar la victoria pidió a Dios «Detén tu día», lo que le fue otorgado y con ello la derrota musulmana. O como la explicación que se da para el nombre de *Tornavacas* —probablemente relacionado con la trashumancia— en el límite entre Cáceres y Ávila, un legendario recuerdo de la treta urdida por el conde Fernán González o Ramiro II —según las versiones— para vencer a los musulmanes atando teas encendidas a los cuernos de las vacas que, tras la huida del enemigo víctima del terror, vuelven —tornan— a su lugar. Ambos episodios son claros ejemplos de etimología erudita, pues en los dos resultan evidentes sus orígenes bíblicos, el primero remite al episodio del libro de Josué en que este pide a Dios que detenga el curso del sol para vencer a los amorreos y el segundo a la victoria de Gedeón sobre los madianitas con tan solo trescientos hombres gracias el uso de antorchas —y trompetas— en la noche.

Siempre se ha considerado a la etimología popular una fuente de explicación y variación toponímicas, pero en el caso de los nombres de lugar mayor, ciudades o regiones, es la erudición, como hemos visto más arriba, la que elabora hipótesis más o menos aventuradas, algunas con mucho éxito, hasta el punto de convertirse en canónicas y ser repetidas a lo largo de los siglos; es el caso por ejemplo del antiguo nombre de Sevilla, *Hispalis*, de raigambre prerromana como tantos otros en una zona rica y poblada desde antiguo. Es conocida al respecto la explicación que da San Isidoro en sus *Etimologías*, partiendo de «his palis», con la forma PALUS ‘palo’, alusivas a las construcciones sobre palos, a la orilla del Guadalquivir:

Hispalis autem a situ cognominata est, eo quod in solo palustri suffixis in profundo palis locata sit, ne lubrico atque instabili fundamento cederet.

[*Hispalis* fue llamada así en razón de su ubicación, pues fue fundada sobre un suelo pantanoso en el que se clavaron palos en el fondo, para que no se hundiera encima de cimientos tan resbaladizos e inestables.]

Etimología que se carga además de sentido mitológico y ennoblecedor, al serle atribuida a Hércules la colocación de los seis grandes pilares de piedra sobre los que más tarde César fundaría Hispalis. Mucho más popular y graciosa es la explicación tradicional que se da al nombre de *Carcasona*, importante —y preciosa— ciudad fortificada del sur de Francia. En la leyenda que da cuenta del topónimo interviene una reina mora, como en los españoles *Magacela*, *Margacena* o *Maracena*, recuerdos todos ellos de sendas ‘amargas cenas’ en las que la respectiva reina se vio sorprendida por las tropas cristianas; pero en Carcasona la reina acabó venciendo nada menos que a Carlomagno que tenía cercada la ciudad. A punto de ser derrotada, la astuta reina Carcas mandó engordar al último cerdo —parece que el tabú religioso no funcionaba aquí— con el último trigo y lo mandó arrojar desde lo alto de la muralla; al ver las tropas de Carlomagno cómo se permitían el lujo de prescindir de tan hermoso y bien alimentado animal pensaron que tendrían comida de sobra para soportar el asedio por lo que el emperador decidió retirarse. Cuando ya se encontraban alejados, la reina mandó tocar las campanas de la ciudad —otro rasgo intercultural— y los soldados al oírlos le decían a Carlomagno con sorna «Carcas te sonne», de donde *Carcassonne*.

Aunque en el caso anterior el nombre de la reina que se aduce como origen de la ciudad sea inventado, sí que es muy frecuente la presencia de los poderosos en la toponimia mayor, recordemos las *Filipinas*, *Alejandro* o los numerosos topónimos, hoy prácticamente desaparecidos, derivados de *Lenin* y *Stalin*. Así, entre los *Leninabad*, *Leninakan*, *Leninsk*... destaca *Leningrado*, nombre que sustituyó a *Petrogrado* y fue sustituido a su vez en 1991 por *San Petersburgo*, su primera denominación; más antigua es la desaparición de los derivados de *Stalin*, en el 61, entre ellos *Stalingrado*, *Tsaritsya* en su denominación antigua y *Volvogrado* en la actualidad, derivados por cierto que retoponimizan un lugar con un antropónimo fruto también de la voluntad personal de su portador, quien abandonó su apellido *Djugashvili* para adoptar, en un rasgo de humildad, el de *Stalin*, ‘hombre de acero’. Los ejemplos son innumerables y para limitarnos de algún modo, hemos tomado como ejemplo Extremadura, donde, sin ánimo de exhaustividad, observaremos la huella de personas que han ostentado el poder en topónimos que van desde época romana hasta los años cincuenta del pasado siglo. En *Medellín* encontramos el recuerdo de Quinto Cecilio Metelo quien combatió a Sertorio por estas tierras; el nombre latino CASTRA METELLINA CAECILIA se convirtió en METELLINUM que es como aparece en el *Itinerario* de Antonino, en la descripción del camino que va de Mérida a Córdoba. En el caso de *Mérida*, la mención de Augusto, presente en la forma latina EMERITA AUGUSTA, se ha perdido, con lo que sólo queda el de sus antiguos pobladores, los soldados veteranos —eméritos— de las legiones v y x, que habían luchado en el norte contra cántabros y astures; aunque también hay una leyenda que cuenta el historiado árabe al-Idrisí, quien hace provenir el topónimo del nombre de una princesa mora, «Márida, hija del rey Horosus».

Del largo periodo que va desde la romanización hasta la Reconquista tenemos pocos ejemplos de nombres de personajes que hayan quedado plasmados en la toponimia extremeña. De la época visigoda podemos señalar —aunque nos salgamos

del campo de la toponimia mayor— el nombre de un paraje de La Serena, *Artobás*, nombre, según Hernández Jiménez, de uno de los hijos del rey Witiza, quien recibió un abundante lote de predios en la demarcación territorial de Córdoba, que incluiría esta zona del este de la actual provincia de Badajoz. También hay alguna muestra de nombres personales árabes en la toponimia regional como es el caso posiblemente de *Zalamea* en La Serena, o de un gentilicio, en *Azuaga* en el camino de Córdoba, herencia de los «zuwaga», una de las tribus berberiscas que ocuparon el territorio extremeño. Hay que cruzar la frontera portuguesa para encontrar una huella —y no segura— de un personaje histórico: en *Marvão*, nombre de una hermosa ciudad fortificada cercana a Valencia de Alcántara puede estar el recuerdo del fundador de Badajoz, el muladí Ibn Marwan, aunque hay que tener en cuenta que es *Marwan* un nombre árabe muy común.

Las menciones personales más claras y frecuentes las encontramos ya en época de repoblación cristiana, repoblación que en Extremadura llevan a cabo en gran parte las Ordenes Militares del Temple —tempranamente disuelta y repartidas sus tierras—, Alcántara y Santiago. Comenzaremos con la alusión genérica presente en *Jerez de los Caballeros*, *caballeros* que tanto pueden ser los del Temple, primeros dueños de la villa, como los santiaguistas a los que les fue entregada esta por Enrique II. Por cierto que la alusión a unos *caballeros* indeterminados también la encontramos en otro topónimo de Badajoz, *Valdecaballeros*, sin que sepamos decir a quiénes se refiere; sí que podemos mencionar en cambio, la explicación popular que no toma el topónimo como un compuesto de ‘valle’ en su forma apocopada ‘val’, sino como referencia a unos supuestos caballeros que tras disfrutar de los baños termales de Valdefernando allí ubicados preguntaron cuánto debían por el uso de los mismos y les respondieron generosamente «De balde, caballeros», explicación idéntica a la que se da para el cacerreño *Valdeobispo*, donde el posadero de dicha localidad contestó confianzudamente «De balde, obispo» a la pregunta del de Coria por el precio del alojamiento.

Más concretas son las menciones a cargos relevantes en las Órdenes, que muestran sus dos facetas religiosa y militar, cuyas máximas autoridades son el Prior y el Maestre respectivamente. Así, el Prior de San Marcos de León, Martín García, máxima dignidad religiosa de la Orden de Santiago da nombre a *Puebla del Prior*, en el sur de Badajoz, población que recibió por heredad del Maestre Pelay Pérez Correa, el arriba mencionado como milagroso vencedor de la batalla de Tentudía. Otra población que lleva en su nombre la mención de la máxima dignidad de la Orden de Santiago es *Puebla del Maestre*, perteneciente a don Alonso Cárdenas; curiosamente, esta población cambió de nombre siguiendo las vicisitudes de sus dueños: cuando el nieto del fundador obtuvo el título de Conde de la Puebla, el lugar pasó a llamarse *Puebla del Conde* —hubiera sido gracioso que el nombre completo fuese *Puebla del Conde de la Puebla del...*—, suponemos que por deseo del dueño de la tierra de marcar su dominio con su nuevo título. Durante siglos coexistieron este nombre y el actual hasta que quedó fijado este último, probablemente ayudado por el prestigio de lo antiguo.

En otras ocasiones el nombre personal queda presente en el topónimo en lugar del título o la dignidad que ostenta el poblador y dueño, es el caso de *Puebla de Sancho Pérez*, Comendador este Mayor de León que convierte el lugar en una nueva encomienda santiaguista de la que es titular. Incluso se refleja tan solo el nombre personal sin mención del carácter de nuevo poblamiento que suele recoger el apelativo ‘puebla’; así *Hernán-Pérez*, nombre de un maestre de la Orden de Alcántara de fines del XIII y de un pueblo cacereño de la Sierra de Gata. También en el noroeste de Cáceres encontramos otro topónimo que nos recuerda la presencia de un destacado personaje alcantarino, el comendador de Santibáñez, Frey Miguel Sánchez que deja su huella en *Torre de Don Miguel*. Tenemos aquí un topónimo en que el nombre personal va precedido de un tratamiento muy frecuente, que encontramos también en la provincia cacereña en *Casas de Don Antonio*, *Casas de Don Gómez* y *Casas de Don Pedro*, topónimo, por cierto que se explica legendariamente por las palabras del rey Pedro I, quien malherido tras su derrota en Montiel exclama al ver la población «¡Casas veo!», quedando su nombre asociado al de la población. Leyendas luctuosas aparte, la mención del tratamiento «don» ante el nombre del poblador la encontramos también en Badajoz en *Don Benito* y *Don Álvaro*, topónimo con el que volvemos a los personajes relevantes de la Orden de Santiago, representada esta vez por su Maestre Don Álvaro de Luna.

El apellido *Mejía* o *Mejías* correspondiente a una familia asentada en Mérida, da lugar a dos topónimos, uno formado sobre «villa» y otro sobre «torre», son *Villamesías* en la provincia de Cáceres y *Torremegía*, entre Mérida y Almendralejo. Cuenta Moreno de Vargas que *Torremegía* tomó el nombre «de la fundación que allí hicieron de su casa los caballeros Mexías de Mérida» en memoria del solar de su linaje en Galicia; un miembro de esta familia da también nombre a *Villamesías*, llamado antes *Búrdalo*, como el río, y comprado por «D. Alonso Mesía de Prado, caballero de el Orden de Santiago y vecino de la ciudad de Mérida» en 1634. Vemos aquí cómo la vacilación de la prepalatal presente en el medieval *Mexía* se ha resuelto de un modo regular en *Torremegía*, mientras que en *Villamesías* está presente la alveolar; quizás en la fijación de esta segunda forma haya influido el sentido religioso de «Mesías» lo que corroboraría la presencia de la ‘-s’ final del topónimo cacereño, así el nombre de la población parece querer acercarse a la hagiotoponimia en la forma, aunque el origen sea el apellido del comprador.

Dando un salto al siglo XVIII mencionaremos la entidad menor de *Campomanes*, un caserío dependiente de Mérida constituido por un gran cortijo construido por el ilustrado Conde de Campomanes, de cuyas labores de mejora de las tierras se hace eco Ponz en su *Viaje de Extremadura*: «En aquellos contornos, cuyo territorio pertenece hoy al Ilustrísimo Señor Don Pedro Rodríguez Campomanes, Decano Gobernador interino del Consejo, y Cámara de Su Majestad quien ha promovido, y promueve, que con crecidos gastos, de monte espeso, e inútil, que era, se reduzca à cultura, y monte claro». Y este mismo autor se puede enorgullecer de haber influido para que el rey Carlos III fundara el cacereño *Villarreal de San Carlos*, cuya función era proteger a

los viandantes que, haciendo la ruta entre Plasencia y Trujillo subían el Puerto de la Serrana y atravesaban Monfragüe; el lugar era peligroso y Ponz lo describe con tintes dramáticos: «Desde dicha altura hasta la falda por el lado de mediodía, en la corta distancia de un tiro de bala conté veintiocho cruces, señales por lo menos de otras tantas muertes no muy añejas; Dios sabe cuál será el número de las sucedidas, sin embargo de los palos que allí se ven, donde suelen colgar quartos de ajusticiados». Es de destacar en este topónimo la fusión entre la monarquía y la religión en el complemento *de San Carlos*, con el que se menciona al santo patrono del rey que crea la población. Nombre este que ha dejado otras huellas en la toponimia española, como *La Carolina* en Jaén, dentro del proyecto dirigido por el ilustrado Pablo de Olavide y Jáuregui para repoblar Sierra Morena, o *San Carlos* —hoy *Sant Carles*— *de la Rápita*, en Tarragona, donde fundó la «Nueva población de San Carlos» para alojar a los trabajadores que construían el canal del Ebro y mejoraban el puerto. Volviendo a Extremadura y avanzando en el tiempo, un siglo más tarde se funda cerca de Medellín, a instancias de labradores de esta localidad, Don Benito y Montánchez, el pueblo de *Santa Amalia*, nombre con el que se rinde homenaje a Amalia de Sajonia, tercera esposa del soberano reinante, Fernando VII.

Estos hagiotopónimos de origen político, muestra de la tradicional unión entre la cruz y la espada, como se solía decir, llegan hasta muy cerca de nosotros, a los años cincuenta: Tenemos así dos poblados de colonización que, en sus nombres, *San Francisco* y *San Rafael de Olivenza*, llevan la huella de quienes ocupaban —detentaban habría que decir— el poder en el momento de su creación, más concretamente del Jefe del Estado, Francisco Franco, y el Ministro de Agricultura, Rafael Cavestany. El nombre de Franco en la toponimia permanecerá así, en *San Francisco*, aunque se olvide su origen, como lo hará probablemente en otro poblado de Badajoz, *Villafranco del Guediana*, nombre creado según el modelo de los numerosos *Villafranca* existentes, aunque aquí las franquicias fueran pocas. Hay, en cambio, otros topónimos que también rendían homenaje a Franco, mediante la voz ‘caudillo’, voz relacionada semántica y políticamente con la italiana ‘duce’ o la alemana ‘Führer’, designaciones todas ellas de un líder nacional absoluto, un guía o conductor de pueblos. Dicha voz se utilizó como complemento de topónimos antiguos como el cacereño *Albalá*, denominado *Albalá de Caudillo* hasta hace poco, o sustituyendo a otro complemento, como en *Esparragosa de Lares* que, durante unas décadas fue denominado *Esparragosa del Caudillo*, complemento este que formó parte de los nombres de varios pueblos de colonización, como *Gévora del Caudillo* y *Guediana del Caudillo* en Badajoz y *Tiétar del Caudillo* en Cáceres.

Como puede verse, nos hemos ido yendo en estas líneas hacia aspectos históricos, no puramente lingüísticos, como podríamos habernos orientado, por ejemplo, hacia el análisis de fitónimos o zoónimos, aunque evidentemente en la base de toda la versatilidad toponímica está la lengua, desde los elementos fonológicos a la semántica, que es donde generalmente entroncamos con lo extralingüístico. Y ya que ha sido lo extralingüístico lo que ha servido de hilo conductor para estas líneas, podemos terminar

con una curiosidad más: la utilización de determinados nombres de lugar americano como apoyo de la tesis que sitúa en el Alentejo portugués el nacimiento de Cristóbal Colón —o Cristóvão Colombo— concretamente en el pueblo de Cuba donde se le ha erigido recientemente una estatua, y nombre que, según los defensores de esta teoría, Colón trasplantó, junto con unos cuarenta topónimos portugueses más —*Brasil, Curaçao, Santarém...*— a las Antillas como recuerdo de su patria.

Al fin y al cabo, y como dijimos en otro lugar, nombrar el territorio, los montes, los caminos o las aldeas convierte el paisaje en algo más humano: nos apropiamos de él denominándolo. Por ello, analizando los nombres de lugar conocemos algo más sobre lo que fuimos y, por ende, sobre lo que somos.

